

Declaración de la Corriente Social Cristiana

La muerte del papa Francisco. Es hora de recuperar la cultura cristiana para la política

La muerte del papa Francisco ha hecho evidente una realidad: el carácter global de su **liderazgo esencialmente moral y religioso**. Lo acredita, por ejemplo, que dirigentes políticos de entornos y formas de pensar tan diferentes como Trump y Sánchez, Isla y Ayuso, hayan coincidido en establecer tres días de luto oficial por su muerte. Queremos recordar, asumiendo las características específicas del pontificado de Francisco, que algo parecido sucedió con la muerte de otro papa que, con carácter poco habitual, la Iglesia Católica declaró santo: **Juan Pablo II**. Y es que, junto a las singularidades de cada líder católico, los hechos también demuestran la fuerza de la institución en nuestro tiempo, su carácter de referente. No hace falta ser un experto en historia para señalar que hoy el papado **tiene más fuerza y proyección mundial** que hace cien, doscientos o más años.

También se hace evidente cómo suscitan unanimidad las posiciones papales enérgicamente favorables a **toda vida humana**: también la del ser humano engendrado, la de los pobres, los inmigrantes, los desposeídos, los dañados por la guerra, los descartados por nuestra sociedad. Una sociedad basada en el dinero, las pulsiones sexuales sin límites y el egocentrismo, el culto al «yo» autorreferenciado que confunde los deseos propios con derechos. Así como los sistemas políticos —la mayoría— que acogen estas desviaciones de las dimensiones humanas y de su realización plena (esta última frase no se entiende) Se propone la siguiente:

Mientras los líderes mundiales hacen público su respeto por la contribución del papa Francisco a la sociedad, la mayoría de los sistemas políticos acoge aquellas desviaciones de la dimensión humana que le apartan de su realización plena.

Vemos cómo en **Catalunya y España** se guardan días de luto por la muerte de Francisco, pero, al mismo tiempo, en las calles faltan niños mientras abundan los perros que pasean acompañados. En estas mismas calles viven y permanecen solas cada vez más personas que no tienen nada, mientras la ley que podría ayudarlas **duerme en el limbo de los justos en el Parlament de Catalunya**.

Observamos también cómo, en pleno luto, Sánchez ordena incrementar el **gasto militar** en **10.500 millones**, cuando Francisco, en su último texto, leído en la plaza de San Pedro el domingo de Resurrección, clamaba contra el rearme. O cómo pasan los meses y los años y **las ayudas prometidas a los enfermos de ELA no llegan**. Ante estas contradicciones, no podemos sino exclamar: *«¡Hipócritas! ¡Sois como los sepulcros blanqueados a los que se refiere Jesús en los Evangelios: menos luto y más hechos!»*.

El gran reconocimiento a Francisco pone sobre la mesa otro elemento: la **gran significación de la cultura cristiana** de la que él ha sido portador. **Richard Dawkins**, conocido ateo confeso y autor de *El espejismo de Dios*, ha declarado recientemente: *«No soy creyente, pero hay una distinción entre ser cristiano creyente y un cristiano cultural. Amo los himnos y los villancicos y me siento como en casa en el ethos cristiano; y creo que somos un país cristiano en este sentido»*. Su aprecio por la cultura cristiana no implica adhesión a las creencias espirituales, sino a su legado ético, artístico y social.

Es precisamente **este legado y su aplicación a las leyes y a todas las políticas públicas** lo que queremos reivindicar aquí y ahora. La mejor manera de vivir juntos en sociedad, la más fructífera y benevolente, es aquella en la que la gobernanza, la vida pública, la educación, nuestro sistema de valores y virtudes colectivas se fundamentan en los principios esenciales de la cultura cristiana, que tan bien ha expresado Francisco.

También **alertamos sobre las consecuencias visibles** —grandes daños personales y colectivos— que sufrimos cada vez más como resultado del rechazo a la verdad evidente de que el mejor camino es la cultura cristiana.

Por eso proponemos a toda la sociedad —a las familias, a las entidades de todo tipo, y también a los partidos políticos que aún sean capaces de reflexionar sobre sus miserias y malas prácticas— que consideren asumir la cultura cristiana como fundamento y aplicación de todas las políticas públicas, como mejor forma de servir al bien común, que, en definitiva, es la finalidad real de la acción política.

Si compartes este punto de vista y quieres recibir más información, haz click [aquí](#).

Si quieres adherirte y reforzar así esta propuesta, apúntate [aquí](#).

Corriente Social Cristiana (La Corriente)

Barcelona, 6 de mayo de 2025